

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

21 / 2018

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Leduc, Jean, *Ernest Lavisse. L'histoire au coeur*, Paris, Armand Colin, 2016  
Bourdon, Étienne, *La forge gauloise de la nation. Ernest Lavisse et la fabrique  
des ancêtres*, Lyon, ENS Éditions, 2017  
(Ignacio Olábarri Gortázar)

pp. 793-798 [1-6]



Universidad  
de Navarra

---



Leduc, Jean, *Ernest Lavissee. L'histoire au coeur*, Paris, Armand Colin, 2016, 255p. ISBN: 978-2-200-61484-3. 24,90€

Avant-Propos. 1. Étapes d'une vie. 2. Lavissee dans le regard des autres. 3. Une insertion dans de multiples réseaux. 4. Un grand amour: la patrie. 5. Les transformations de l'enseignement supérieur. 6. Recruter et former les professeurs: la question de l'agrégation. 7. Réformer l'enseignement secondaire. 8. Pourquoi et comment enseigner l'histoire? 9. L'Histoire de France. 10. Les manuels scolaires d'histoire. 11. Les manuels de «Pierre Laloï». 12. L'histoire de France au tribunal des manuels de Lavissee.

Bourdon, Étienne, *La forge gauloise de la nation. Ernest Lavissee et la fabrique des ancêtres*, Lyon, ENS Éditions, 2017, 286p. ISBN: 978-2-84788-894-2. 14,99€

Introduction. I. UNE ETHNOGENESE OCCULTEE. 1. Un peuple «toujours-déjà-là». 2. Des ancêtres sans ancêtres. 3. La France, un être historique. II. LA FABRIQUE DES GAULOIS, ENTRE DISCOURS SCIENTIFIQUES ET CHOIX SCOLAIRES. 4. Le savoir historique et les Petits Lavissee. 5. Les Gaulois et leur territoire. III. LES ENJEUX POLITIQUES ET MORAUX DU DISCOURS SCOLAIRE. 6. Vercingétorix, «le premier héros de notre histoire». 7. Les Gaulois, un cas d'école. 8. Faire la nation. CONCLUSION. Table des illustrations. Index. Sources. Bibliographie. Table des matières.

Las dos obras de que hablaremos están concebidas de forma muy diferente. La primera, debida a un profesor de Liceo que ha escrito otros libros sobre la enseñanza de la historia, es una biografía clásica —que no lo es en realidad porque, a diferencia de las mejores biografías, no comienza con el nacimiento del personaje y concluye con su muerte, contando toda su actividad de acuerdo con la cronología de su vida—: comienza hablando de las etapas de la vida del historiador francés desde su nacimiento en 1862 hasta su fallecimiento en 1922. Habla después de Lavissee en la mirada de los otros —la de sus amigos y también la de algunos enemigos declarados— y, más tarde, de su inserción en múltiples redes: las de la Escuela Normal Superior (ENS), las de sus alumnos de primera y segunda generación, sus conexiones con las esferas administrativa y política, su presencia en sociedades intelectuales y culturales, en la prensa, los salones y círculos sociales y en un centenar de otras organizaciones. Más tarde habla de su gran amor a la patria, de su obsesión por la división y también de su patriotismo que no excluye el sentido de lo universal. Aborda también el debate sobre las transformaciones de la enseñanza superior, su papel como director de la ENS y su contribución a la reforma de la enseñanza secundaria y al reclutamiento y a la formación del profesorado.

En los cinco últimos capítulos, Leduc trata de la forma en que Lavissee entiende la enseñanza de la historia —sus principales objetivos, su pedagogía—, de

la *Historia de Francia* desde sus orígenes hasta 1789 que dirige entre 1903 y 1911, y de la *Historia de Francia contemporánea*, desde 1789 hasta la paz de 1919, que se encarga también de dirigir entre 1920 y 1922.

Especial importancia da el autor a los manuales escolares de historia escritos por Lavissee, a los de instrucción moral y cívica firmados con el seudónimo «Pierre Laloï» y a la historia de Francia y de los franceses tal como son juzgados en el tribunal de los manuales de Lavissee. Sigue una brevísima conclusión, las notas, la bibliografía y el índice onomástico.

Leduc deja claro que Lavissee no es ni un historiador erudito ni un jefe de escuela historiográfica, pero afirma también, con Raymond Poincaré —Presidente de la República en 1919—, que es «notre maître à tous» (p. 52), además de «un écrivain tout de suite goûté du public» (p. 40).

A partir de los mismos materiales —de toda la obra, pero sobre todo de los manuales de Lavissee—, Étienne Bourdon nos ofrece un trabajo muy diferente. Son tres partes organizadas cada una de ellas en tres capítulos. La primera se titula «Una etnogénesis oculta»; la segunda, «La fábrica de los galos, entre discursos científicos y elecciones escolares»; la última, «Los envites políticos y morales del discurso escolar». Termina con una conclusión un poco más amplia que la de Leduc, con la relación de fuentes y bibliografía, con la lista de las abundantes ilustraciones y con el índice onomástico.

Pero, ¿qué importancia tiene Ernest Lavissee? ¿Por qué sus colegas le dedican dos libros en menos de dos años a un historiador que no reformó su ciencia, que no fue jefe de escuela, como lo serían en la propia Francia Lucien Febvre, Marc Bloch o Fernand Braudel? La respuesta parece que va por su concepción de la historia de Francia a través, fundamentalmente, de los manuales escolares que escribe.

Es verdad que, como hemos visto, Lavissee dirigió, ayudado por Lucien Herr, una importante *Historia de Francia contemporánea* en diez tomos, publicados entre 1920 y 1922 y previamente, entre 1903 y 1911, una *Historia de Francia desde sus orígenes hasta 1789* en nueve tomos. Pero su contribución más relevante a la historiografía son las numerosísimas ediciones de los manuales de historia para la escuela primaria que se suceden, en la editorial Armand Colin, desde finales de los años setenta del siglo XIX hasta los años cincuenta del siglo XX —mucho después, por tanto, de la muerte del propio Lavissee—. A esos manuales de historia se añaden los de instrucción moral y cívica, firmados con seudónimo.

Si Leduc se limita a enumerar todos los manuales para los diferentes grados y edades de la enseñanza primaria que escribe Lavissee, y a señalar su importancia en el conjunto de la manualística de la Tercera República, Bourdon analiza, con todo detalle, un tema que aparece de manera privilegiada en los manuales: cómo trata Lavissee, el «Instituteur national» por excelencia de la Tercera República, de «nos ancêtres les gaulois».

## RECENSIONES

En su «Introducción», Bourdon plantea bien el problema y cómo se propone abordarlo. «La expresión “nuestros antepasados los galos” ha formado parte largo tiempo de la historia de Francia para definir los orígenes de la nación francesa» (p. 7). Pero el autor no se propone estudiar qué parte del patrimonio genético actual de los franceses proviene de los galos, sino investigar en una línea completamente diferente; porque, «a pesar de su aparente simplicidad y de su ilusoria evidencia, la expresión “nuestros antepasados los galos” plantea muy numerosos problemas históricos y epistemológicos, como todo discurso sobre los orígenes. La afirmación no tiene que ver con la historia antropológica, sino con una historia cultural y una historia de los saberes» (p. 8). Esta fábrica de los antepasados revela una concepción particular de la identidad y de la nación por un uso político, moral y educativo de la historia. Uno de los herreros es, precisamente, Lavissee a través de sus célebres manuales escolares; ya que se trata de hacer la nación, es en la escuela en donde se forja. El objetivo de Bourdon es averiguar cómo se elaboraron «nuestros antepasados los galos», conocer las elecciones y los silencios de los discursos científicos y escolares, colocándolos en el corazón de los debates arqueológicos, históricos y políticos del medio siglo lavissiano (1876, fecha de publicación de su primer manual, y 1922).

En efecto, como explica en la primera parte de su libro, Bourdon muestra cómo, para Lavissee, los galos eran «un pueblo que siempre estaba ahí», desde el comienzo del mundo, mientras que el hombre prehistórico era un antepasado invisible —para Lavissee manualista, se entiende—. «Los galos son nuestros antepasados», que a su vez no tienen antepasados; Francia y los galos tienen entre sí una relación de exclusividad; Lavissee —en sus manuales de primaria— no habla de franceses que no sean galos ni de galos que no sean franceses; «en el tiempo en que nuestro país se llamaba la Galia», Francia estaba en germen en ella. «Francia es un ser histórico que, si no está dotado de un alma —como pensaba el romántico Michelet—, está marcado por caracteres étnicos y culturales únicos, por una identidad propia (...). Francia es el resultado del encuentro de un pueblo y de un territorio singulares en una relación orgánica. En el origen se llamaba Galia. Ella es la encarnación, ella es la nación» (p. 76).

Pero «el territorio de la Galia-Francia no constituye el actor principal y determinante de la epopeya nacional» (p. 79). Como Paul Vidal de la Blache, a quien confía la redacción del tomo introductorio de su *Historia de Francia de los orígenes a la Revolución*, y a diferencia del alemán Ratzel, Lavissee es posibilista, no determinista en geografía; tampoco cree en la doctrina de las «fronteras naturales» de Francia. Pero tal como ve a Francia en la Galia, «la versión laicizada de Ernest Lavissee, que expurga toda referencia a lo divino y a la Providencia, no es por ello menos teleonómica (*sic*), incluso si somete el dato natural a la historia de los hombres» (p. 84). La historia de Francia es la historia de un ser, relacionada con la de un pueblo; Lavissee ve incluso en Francia, entre todas las naciones, «el ser político que se parece más a una persona moral» (p. 90); para él, la fisio-

## RECENSIONES

nomía de Francia evoluciona a lo largo de los siglos: «nuestros antepasados son nosotros en el pasado; nuestros descendientes son nosotros en el porvenir» (p. 91).

La segunda parte del libro de Bourdon se centra en la «fábrica de los galos». Se estudia sucesivamente a los guerreros, las ciudades y el hábitat y el fomento de los recursos del territorio en la época gala. En los tres casos el discurso es el mismo: en sus manuales de primaria, Lavissee presenta a los galos y a su territorio como si no supiera nada de los descubrimientos arqueológicos que se están llevando a cabo en su tiempo, aunque en los trabajos de nivel universitario que dirige estos descubrimientos aparecen; pero en los *Pétits Lavissee* —como suelen ser denominados sus manuales de primaria— lo que busca mostrar el autor y el dibujante de las ilustraciones no es tanto la riqueza y la precisión histórica de las imágenes como la dimensión épica, en una lectura moral de la valentía y del coraje frente al enemigo y, sobre todo, frente al invasor (p. 124).

En la tercera parte del libro se trata con detalle del principal jefe de los galos, Vercingétorix, presentado por Lavissee en sus manuales como «el primer héroe de nuestra historia» (p. 165), «el héroe vencido» (por César), «el vencido vencedor». Pero Lavissee no cree en las fáciles comparaciones entre el jefe galo y Juana de Arco o Gambetta, sino que personalmente está convencido, aunque no lo dice en sus manuales, de que, «en verdad, estamos lejos, muy lejos, de Vercingétorix (...)». Pero la enseñanza de la historia debe permitir comprender que la unidad nacional es un envite vital que cada uno debe trabajar. Se trata de una educación moral, militar y patriótica» (p. 180).

Mas la derrota ante los romanos es también educativa, no sólo porque ilustra la diferencia entre inconstancia y perseverancia, entre desorganización y disciplina, entre desunión y nación, sino porque permite que los galos lleguen a la civilización a través de la educación romana: «la Gaule se met à l'école de Rome» (p. 181). Esta civilización de los galos alcanza a problemas muy concretos y muy contemporáneos de la Tercera República de Lavissee: como el alcohol había avivado el carácter pendenciero de los galos, los *Pétits Lavissee* se sumaron a la lucha republicana contra el alcoholismo, no solamente por preocupaciones higienistas sino también por otras ligadas a la moralidad, a la lucha contra la violencia, sobre todo familiar, y a la cohesión social y política. El último capítulo de la tercera parte es el de mayor densidad teórica. Los *Pétits Lavissee* son un contra-discurso político, afirma el autor. Después de algunas dudas, Lavissee considera que Francia no es una patria hasta la época carolingia, porque la Galia estaba sometida a los romanos y en época merovingia el país estaba dividido entre varios reyes que se hacían la guerra entre ellos. En cambio, en tiempos de Carlomagno, la Galia comenzaba a ser una patria; y es con las conquistas territoriales y el reforzamiento del poder real en tiempo de los Capetos cuando, «desde entonces, todo el mundo sintió que había una patria común, y puede decirse que la historia de la patria francesa comienza» (pp. 209-210). Pero no hay una defini-

## RECENSIONES

ción neta de lo que Lavissee entiende por patria, ni tampoco por nación. La patria es la unidad, es un poder común, es un territorio unido y no sólo una adición de regiones; en un *Pétit Lavissee* se afirma que una «patria es un país donde todos los niños deben amarse los unos a los otros» e incluso «una gran familia de niños de un mismo país, amándose los unos a los otros, amando a su país más que a ellos mismos» (p. 209). Lavissee está alejado de toda interpretación racista (celtista, por ejemplo) de la patria, como lo está también de una relación estrecha entre la patria y el idioma. Como Fustel de Coulanges, como Renan, y a diferencia de la concepción dominante de la nación en Alemania, lo que preocupa a Lavissee es la nación y no la raza o la lengua: por ello no se menciona en los *Pétits Lavissee* la lengua gala y, en cambio, se dice a los alumnos: «tú debes amar a Francia, porque la naturaleza la ha hecho bella, y porque la historia la ha hecho grande» (p. 225).

El siguiente epígrafe del capítulo se dedica al «¡Vae victis!» latino, que podía aplicarse tanto a los galos vencidos por los romanos como a la Francia de 1870 después de Sedan. En los manuales de sus primeros años, Lavissee opta por aconsejar la revancha frente a Alemania; pero a partir de los años noventa esta visión desaparece y el autor se guarda muy mucho de hacer el elogio de la guerra, aunque haga el elogio del valor de los soldados. Por último, Bourdon plantea un tema siempre presente en los manuales de Lavissee, que es el de los orígenes de Francia: orígenes que el manualista Lavissee ve en los galos, con una finalidad fundamentalmente moral, patriótica y educativa. Es la utilidad presente del discurso, afirma el autor, y no el conocimiento del pasado, lo que da tanta importancia a la pregunta sobre los orígenes.

En su «Conclusión», Étienne Bourdon comienza afirmando que «los antepasados galos de Ernest Lavissee han sido forjados como una mitología. Son un mito», no, claro es, porque no hayan existido sino porque «dicha fórmula sintética no describe tanto una realidad histórica como pone en escena un personaje moral e identitario» (p. 245). La figura de «nuestros padres los galos» se inscribe en un sistema de pensamiento del mundo del que constituye una de sus expresiones. El discurso histórico es una escritura y aquí un puntal del proyecto común, la fábrica de la nación. Se puede afirmar que, en el origen de los franceses, no están tanto «nos ancêtres les Gaulois» sino que los galos han sido el soporte discursivo de la afirmación de una identidad nacional, no pensada como una recreación permanente sino en términos de filiación monofilética desde los tiempos más lejanos. Ello equivale a proyectar sobre el pasado una sola clave de lectura, más determinista y teleonómica (*sic*) que genealógica, y a imaginar un pasado que parece explicar cómo *nosotros* hemos llegado a ser lo que *nosotros* somos. Obsesionado por el ídolo de los orígenes, del que hablaba Marc Bloch, Lavissee reduce la sucesividad a la causalidad, somete la diversidad de los posibles que no han sido a lo que fue, olvida el acontecimiento, el accidente en beneficio de la razón y de la intención. Lavissee induce implícitamente la existencia de

## RECENSIONES

un proyecto inmanente —hasta trascendente, afirma Bourdon—, dejando creer que aquello que *nosotros* somos estaba ya en lo que *nosotros* fuimos. Este pensamiento de los orígenes esencializa a Francia y ve en su historia el recorrido de un ser histórico con su personalidad, que nace, se desarrolla, se educa, vive, sufre, se expande, encuentra su lugar en el ámbito de los pueblos y de las naciones (pp. 246-247).

A lo largo de su conclusión, Bourdon sigue sacando las consecuencias de su interpretación de la historiografía de Lavissee. Pero no hay que olvidar, y el autor no lo olvida, tampoco en sus conclusiones, aunque personalmente me parece que se deja poseer por la pasión tan típicamente francesa por la teoría, que Lavissee era un personaje complejo, que no sólo escribió manuales de primaria, sino que dirigió dos historias de Francia y una historia universal (la *Historia general del siglo IV a nuestros días*, 1893-1901, doce volúmenes), que fue miembro de la Academia Francesa y director de la *Revue de Paris* y, en fin, que estaba plenamente instalado en el contexto historiográfico e intelectual de la Francia de la Tercera República. Por tanto, esa visión de la historia de Francia, que tiene sus orígenes en los galos y que en ellos ve el comienzo del desarrollo de un ser histórico que llega hasta su presente, puede ser válida para los *Pétits Lavissee*, cuya función educativa activaba en su autor el patriotismo y la pasión por la instrucción cívica y moral de los pequeños franceses; mas no agota la personalidad intelectual, mucho más compleja, de Ernest Lavissee, tal como la delinea Leduc en su mejorable pero práctica y útil biografía.

**Jean Leduc** es profesor de historia en el Lycée Pierre de Fermat de Toulouse y especialista en la enseñanza y escritura de la Historia. Es autor de obras como *L'enracinement de la République* (1991), *Les Historiens et le temps* (1999) (con Patrick Garcia), *L'enseignement de l'histoire en France* (2003) e *Histoire des élèves en France: de l'Ancien Régime à nos jours* (2007). **Étienne Bourdon** es maître de conférences en historia moderna en la universidad de Grenoble Alpes. Su investigación se ha centrado en historia de las ideas desde el Renacimiento hasta los inicios del siglo XX y en la epistemología de la Historia. Es autor del libro *Le voyage et la découverte des Alpes. Histoire de la construction d'un savoir (1492-1713)* (2011), premio Georges Goyau de la Académie française (2013).

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra